

SEMBLANZA

*Nací bajo los cielos de valerosa tierra
nimbado por la lumbre de un sol canicular,
me dio su ardiente beso la brisa de la sierra
en donde vive el cóndor lo mismo que el jaguar.*

*El águila altanera, con su vuelo que aterra,
a mí llegó muy quedo y me enseñó a volar,
templó mi ser de acero el fuego de la guerra,
la libertad bendita mi modo de pensar.*

*Tomó mi lira dulce la música sonora
del fru-frú de las flores, del ruiseñor que llora,
del grito de las olas cuando se encrespa el mar;*

*Mas del hidalgo errante de la triste figura,
nunca habré de calarme su brillante armadura
porque soy de mi orgullo escudero sin par.*

ALBERTO ROLDAN RAMIREZ

DOS GENERACIONES DE COLOMBIANOS
HAN REPETIDO EL NOMBRE DE

Bavaria

PARA PEDIR LA MEJOR CERVEZA!

LOS CARACTERES NO ESPECIFICAMENTE CRISTIANOS DE NUESTRA CIVILIZACION

Por J. V. DUCATILLON, O. P.

Sus características cristianas no son los únicos rasgos distintivos de nuestra civilización. Esta tiene otros rasgos característicos que se clasifican a su vez bajo distintos nombres.

CARACTER OCCIDENTAL

A la civilización cristiana se la llama aún *civilización occidental*, por oposición a las civilizaciones orientales, asiáticas, africanas u oceánicas.

Esta designación se explica por el hecho de que nuestra civilización se ha desarrollado sobre todo en la parte llamada occidental del mundo que es Europa. América sigue siendo aún el occidente y desde el punto de vista de la civilización, es una prolongación de Europa. Esto no implica que nuestra civilización no haya llegado también de un modo u otro, a otras regiones. Justamente, uno de sus rasgos típicos es, diremos, su dinamismo de conquista. Y en tanto que los otros tipos de civilización han estado siempre ligados y limitados por rasgos o nacionalidades y han quedado encerradas generalmente en las regiones donde nacieron, la nuestra por el contrario, se ha extendido, más o menos, a todo el universo. Es verdad que lo ha hecho con frecuencia introduciendo, sobre todo, algunas de sus manifestaciones exteriores, materiales, no siempre las mejores y a la vez también ciertas taras.

Ello obsta a afirmar que esa tendencia tan marcada al universalismo sea uno de los rasgos de la superioridad de la civilización occidental y también de su carácter profundamente humano.

CARACTER MODERNO

Se designa asimismo, nuestra civilización con el nombre

de *moderna*. En efecto, ella se ha desarrollado durante el curso del período de la historia del mundo llamado moderno. Esta calificación de moderno puede interpretarse, por otra parte, a la vez, en un sentido general y en sentido estricto.

En el sentido general, este período moderno es llamado así por oposición al período llamado antiguo. Precisamente la división de la historia del mundo en antigüedad y en tiempo moderno se opera a partir de la aparición de esta civilización que es la nuestra y que es la única forma moderna de civilización. Todas las demás, aun aquéllas que existen todavía sobre la faz de la tierra son civilizaciones de tipo antiguo. Son como vestigios del mundo antiguo que subsistieran en el mundo moderno.

En el sentido estricto, nuestra civilización es llamada moderna por oposición a la civilización medioeval que es, como lo hemos dicho en el curso de esta obra, un estadio en la evolución de nuestra propia civilización occidental cristiana.

CARACTER TECNICO

Sucede frecuentemente que se designa nuestra civilización llamándola *la civilización de la técnica o de la máquina*.

En efecto, es precisamente por ese carácter que nuestra civilización causa hoy perturbaciones en el mundo. Cuando los hombres pertenecientes a otras civilizaciones, ya sea del Extremo Oriente o Islámica, juzgan nuestra civilización, es bajo este aspecto que la consideran. Tal, el caso de Gandhi, quien ha levantado en rebelión las almas hindúes, contra la invasión occidental de la máquina.

Ernesto Psichari, en plena Africa, oía a un jefe moritano: "Sin duda, vosotros, los europeos, habéis conquistado el reino de la tierra, pero nosotros en cambio conservamos el del cielo." No puede negarse, en efecto, que es en el seno de nuestra civilización donde la máquina ha nacido, y que es nuestra civilización quien la ha extendido por doquiera modificando totalmente la faz de nuestro planeta y la existencia de los hombres. Merced asimismo a ese progreso mecánico, nuestra civilización ha conquistado el universo después de dos siglos, una

hegemonía incontestable. Es ése, sólo uno de los rasgos distintivos de nuestra civilización, lo esencial no está ahí.

No sin gran pena se ha pensado y se lo ha dado a pensar. Nuestra civilización existía mucho antes que la máquina, según todos sus rasgos esenciales, tenía ya su fisonomía propia y afirmaba su superioridad indiscutible sobre todas las otras.

INFLUENCIA GRECO-ROMANA

Nuestra civilización tiene muchos de sus rasgos esenciales derivados, porque ella es la *heredera de la civilización greco-romana*. Es en y por nuestra civilización occidental que se han perpetrado las antiguas civilizaciones de Grecia y Roma. A ellas debemos todo y lo más esencial de nosotros mismos.

Debemos a Roma, por ejemplo, nuestro sentido del Derecho; a Grecia, nuestra concepción de la cultura y lo mejor de ella. Derecho y cultura son, por otra parte, el fundamento mismo de toda civilización. Desde luego es a Roma y a Grecia a quien debemos el ser civilizados. El conflicto actual, porque pone en peligro esta herencia cultural y jurídica que recibimos de Grecia y Roma, pone también en peligro nuestra civilización, no solamente en su aspecto cristiano, sino en sus valores mismos de civilización. El carácter cristiano de nuestra civilización tiene estrecha relación, por otra parte, con ese carácter greco-latino.

Se nota además, que en los países influenciados por la civilización greco-latina, es decir, Europa, excluyendo algunas regiones de Alemania (y con Europa el continente americano dueño de su civilización) es donde el cristianismo se ha extendido más. En esas regiones la estructura de la vida social, muestra, aún hoy, los *rasgos de la influencia cristiana*. Prácticamente, es posible concluir que el cristianismo no ejerce totalmente su influencia sobre la vida temporal de los pueblos sino cuando lo hace siguiendo las huellas de esas civilizaciones. Es el injerto del cristianismo en la civilización greco-latina el que ha producido la única civilización de tipo cristiano que ha existido en el mundo.

Por otra parte, es gracias a él que la herencia greco-latina

no se ha perdido. El idioma griego y el latino, que ocupan un lugar privilegiado en nuestro humanismo, nos ha sido transmitido por la Iglesia que los ha adoptado como lenguas oficiales de su plegaria y de su dogma. Lo que tenemos recibido de Roma, además, en un sentido material, nos ha sido dado por la Iglesia, que adoptando el tipo de organización del Imperio, ha sido la mejor representante de esa herencia.

Esta función del aporte greco-latino y del aporte cristiano en nuestra civilización, no debe considerarse extraña. Se explica claramente, por determinadas y profundas afinidades. ¿No es acaso, aparte del judaísmo, en la civilización greco-romana donde el cristianismo ha encontrado el terreno más propicio?

Eso solo bastaría para colocar esta civilización en un rango privilegiado entre las otras civilizaciones humanas.

Sin embargo, interesa tener en cuenta, que el carácter cristiano de nuestra civilización y su carácter latino están lejos de ser idénticos. Es sorprendente, por el contrario, que la civilización greco-romana ha sido el tipo por excelencia de civilización pagana. Entendamos el término pagano en el sentido menos peyorativo, más noble, más humano. De manera tal que aun para un cristiano, los rasgos sobresalientes de la civilización greco-romana de la antigüedad pueden seguir siendo el honor de la humanidad. No queda menos que mostrar el contraste y la oposición (contraste y oposición bien considerables) entre una civilización de tipo cristiano y una civilización no cristiana; se opone siempre espontáneamente por lo común a la civilización greco-latina de la antigüedad la civilización caracterizada por el cristianismo.

De esta suerte, los rasgos verdaderamente cristianos de nuestra civilización no provienen de Grecia y Roma ni tienen su carácter.

Por ello, la defensa de nuestra civilización cristiana no es, a la vez, la defensa de nuestra civilización clásica. No bastaría salvar los caracteres clásicos de nuestra civilización para salvar sus caracteres cristianos. Esto se comprueba al analizar

cada uno de los rasgos de nuestra civilización que corresponden a la influencia cristiana.

INFLUENCIA DEL JUDAISMO

Mencionamos el judaísmo porque él, es, también, uno de los orígenes y uno de los elementos de nuestra civilización occidental. El Evangelio ha sido llevado a todas partes con la Biblia. El Antiguo Testamento, casi tanto como el Nuevo, ha sido, durante el curso de la Edad Media y también en épocas muy próximas y ante todo para el mundo anglo-sajón, el libro por excelencia en el que las generaciones cristianas estudiaron la vida.

El humanismo del Renacimiento vino, primero a aumentar y luego, a contrarrestar esta influencia. Los autores clásicos combatieron el libro sagrado hasta casi substituirlo. Pero, es sorprendente constatarlo, a medida que disminuía la influencia de Jesucristo lo hacía paralelamente la de la tradición de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Se podría establecer una especie de paralelo entre la manera con que la Iglesia, educadora del mundo occidental, le ha enseñado, a la vez, la lectura de la Biblia y de los autores de la antigüedad clásica.

En ambas fuentes ella encontraba los principios incompatibles con el espíritu de Cristo: la ley del Talión, el odio de los enemigos en la tradición judaica, la esclavitud, la superioridad absoluta del grupo político en el paganismo.

Por otra parte, la Iglesia encontraba además de elementos inasimilables, una cantidad de ellos: religiosos y morales en la antigüedad judía (la concepción de Dios, el Decálogo), elementos humanos, culturales, filosóficos, morales, también, en la antigüedad greco-romana (las luces filosóficas de Platón y de Aristóteles, el sentido del hombre en el estoicismo, el Derecho Romano), que eran ya un bosquejo, o un presentimiento, la acción anticipada del Evangelio en una humanidad que mostraba ya un "alma naturalmente cristiana".

La Iglesia realmente "católica" tuvo cuidado de no perder ninguna de esas riquezas. ¿Cómo lo hubiera hecho en lo que

a la Biblia concierne? ¿No era ella misma, la suprema prueba? “Yo no he venido a abolir la Ley y los Profetas, no he venido a abolirlas pero sí a cumplirlas”, había dicho Cristo. Por otra parte ella adoptó y bautizó la tradición clásica.

Es así que judaísmo y cristianismo han sido incesantemente ligados y que su acción es inseparable en el proceso de evolución del mundo occidental.

No es sin razones poderosas que se ha podido denunciar en el antisemitismo una de las formas más perniciosas del anticristianismo y uno de los signos más característicos de la decadencia de nuestra civilización.

RUEGO

Nos dirigimos a Vos, mi Dios, en un momento de gran angustia.

La sangre de los nuestros corre a torrentes; nuestro suelo nuevamente ha sido invadido, nuestras ciudades y nuestras aldeas abandonadas a la destrucción y a la muerte, nuestros hogares devastados, aniquilados, nuestras calles cubiertas de millares y millares de mujeres, ancianos y niños que huyen del cataclismo, encontrando a veces, la muerte en su fuga. La fortuna de las armas es incierta, nuestra Patria está en peligro.

Señor, al mismo tiempo que la suerte de Francia es la suerte de muchos otros pueblos, es la suerte del mundo entero la que se decide. Porque esta guerra no es como todas las otras guerras: ella tiene un carácter completamente excepcional.

Luchamos, es verdad, por nuestra vida y nuestra independencia. Pero, “tomando las armas nuestra Patria asume también (como lo proclaman oficialmente los obispos de Francia) el honor de defender, de acuerdo con sus aliados, el derecho de los débiles, la dignidad de la persona humana, la primacía de la ley moral, el régimen de la confianza y de la colaboración entre los pueblos”. “Queremos la vida de nuestra civilización occidental, es decir, de esas actitudes intelectuales

y morales creadas en nosotros por siglos de cristianismo y que dan a la vida humana su belleza moral y en definitiva su razón de ser.”

De suerte que “el fondo del conflicto se resume en el dilema frente al cual nos colocamos, como ha dicho no ha mucho el Papa Pío XI: “Para o contra Dios.” Para o contra Vos, Señor.

Nuestra derrota sería el triunfo de la barbarie, de la violencia, de la injusticia, de la opresión de las conciencias, de un nuevo paganismo tanto más pernicioso que el antiguo.

Nuestra causa es la vuestra.

¿Cómo podríais abandonarnos?

Dignaos, Señor, darnos la victoria. No para que domine el mundo, sino para que reine en él la paz verdadera; en la justicia; en la comprensión recíproca y, por sobre todo, en la caridad.

Os rogamos por nuestros soldados: dadles la valentía, libradlos de la muerte.

Os rogamos por nuestros jefes; dadles la luz y la fuerza que les es necesaria para conducir nuestros ejércitos a la victoria.

Os rogamos por las madres, las esposas, por las viudas, los huérfanos; por los refugiados.

Os rogamos por aquéllos que ya han caído; los heridos: dadles la fuerza para soportar con paciencia; los moribundos: endulzad la angustia de su agonía; los muertos: dadles, Señor, la recompensa reservada a aquellos que han combatido en buena lid.

Os rogamos por nuestros aliados.

Os rogamos por todo el mundo cuya suerte se decide al mismo tiempo que la nuestra.

Os rogamos también, por nuestros enemigos. Es su salvación la que queremos al mismo tiempo que la nuestra, porque su triunfo sería también su perdición.

Dignaos, Señor, abreviar nuestra prueba, evitar penas a tantos inocentes, evitar tanta destrucción, tantas lágrimas, ahorrar tantas vidas.

Vos lo podéis todo, Señor. Si Vos lo queréis, podéis salvarnos.

Todos los protectores y todos los santos de Francia, rogad con nosotros, rogad por nosotros.

Nuestra Señora de Lourdes, ruega por nosotros.

San Miguel Arcángel, ruega por nosotros.

Santa Genoveva de Nanterre, ruega por nosotros.

San Luis Rey de Francia, ruega por nosotros.

Santa Juana de Arco, ruega por nosotros.

San Vicente de Paúl, ruega por nosotros.

Santo Cura de Ars, ruega por nosotros.

Santa Teresita de Lisieux, ruega por nosotros.

Santa Bernardita, ruega por nosotros.

Señor, tened piedad de nosotros.

Señor, escuchadnos.

Señor, concedednos.

Salvad a Francia y salvad al mundo.

Os lo pedimos suplicando por Jesucristo Nuestro Salvador.

ESPERANZA

Los días que pasamos, son seguramente los más oscuros y los más desastrosos que Francia haya vivido jamás. Para encontrar el equivalente, es necesario remontarse muy alto en nuestra historia: hasta la caída del Imperio Napoleónico y acaso hasta la época de Juana de Arco.

Entonces, también como hoy, Francia estaba completamente hundida, pisoteada, aniquilada, sometida de pie a cabeza, a merced del extranjero. Pero ¿quién sabe si, hoy, nuestra situación no es más trágica todavía?

No será por lo sorprendente. Teníamos, al principio de esta guerra, como una certidumbre absoluta de la victoria. Sabíamos, ciertamente, que el enemigo era temible y nos preparábamos a una lucha ardua, larga, cruel, llena de dificultades, pero, con nuestra línea Maginot, nuestro admirable ejército, con los inmensos recursos del doble Imperio colonial de los

países aliados; no dudamos un instante del resultado del conflicto. Hace sólo seis semanas, nuestro suelo fue invadido y contábamos que no lo sería todavía, y hoy helo atacado en toda su extensión, con una rapidez sin precedentes, como no lo fuera nunca, y mañana acaso, será totalmente ocupado por el enemigo.

Nuestro ejército parece estar aplastado como un castillo de naipes, la línea Maginot no ha ofrecido ninguna resistencia, y hoy, ¡ay! la capitulación.

Y qué diremos de la destrucción de nuestras ciudades, de nuestras aldeas, de nuestros campos, de nuestras catedrales. Francia sabe muy bien, ¡ay! el precio de las invasiones. Es en ella donde desde la más lejana historia se han volcado siempre. Ella es el campo de batalla tradicional de Europa, pero, por funestas que hayan sido las invasiones del pasado, ¿qué son al lado de la vorágine de hierro y fuego que ha barrido a Francia? ¡Y qué decir de la sangre derramada a torrentes!!

¡Apenas osaremos pensar en tales o cuales de aquellos que amamos y de quienes sabemos que están envueltos en el cataclismo, por miedo de contarlos ya entre los muertos, y también tenemos las novedades que nos traerán muy pronto las listas trágicas!

¿Y qué decir de esos millares de evacuados: mujeres, ancianos, niños, enfermos, lisiados, sobre las rutas, en largos baños lamentables, sin dormir, sin pan, a merced de los bombardeos enemigos que no perdonan con sus metrallas esas tristes colonias? Y entre tanto nosotros aquí, nosotros de este lado del océano, impotentes y desamparados, ante el desastre y, quién sabe, la agonía de lo que desde Dios y con Dios más amamos en el mundo, ya que es nuestro país lo que desde Dios y con Dios tenemos de más grande y mejor en nosotros mismos. ¿Qué decir, qué pensar que pueda consolarnos, darnos coraje, darnos valor, esperanza?

¿Queda aún algo seguro a lo que podamos asirnos? Algo seguro, pues la hora es demasiado grave para que nos tomemos de cualquier cosa con apariencia de señuelo.

* * *

Algo nos apareció con evidencia desde el principio en estos tiempos de desgracia, y me parece que nos ofrece mucho más que un simple consuelo sentimental, y es todo el amor que tenemos a Francia. Y cuánto era ella amada.

Ciertamente, sabíamos que la amábamos. Nunca lo hemos experimentado mejor que en esta semana, cuando sentíamos hasta en nuestras carnes las heridas que se le causaban, y cuando sufríamos con ella la misma agonía. Nunca la habíamos sentido tan incrustada en nosotros, y jamás supimos como ahora que ella y nosotros no éramos sino uno, y que era en cierto modo nuestra carne y nuestra sangre. De la misma manera sabíamos que Francia era amada en el mundo, pero no tanto como lo hemos constatado en estos días de desgracia. Hay cosas que se nos habían dicho, y que conocíamos, pero, yo no sé por qué pudor y por temor a un gongorismo lírico y romántico no osábamos repetir; esto por ejemplo: todo hombre tiene dos países, el suyo y Francia.

Esto se ha puesto de manifiesto en estos últimos días. Muchos países desde hace poco se han derrumbado en la desgracia y han despertado la simpatía entristecida de todo hombre bien nacido. Pero he aquí el turno de Francia. Nadie osaba esperar. La desaparición de cualquier otro pueblo, pudo ser imaginada con anticipación, nunca la de Francia. Nadie, jamás, pudo pensar que eso podría ser posible. Y es una prueba de ello el lugar completamente de excepción que nuestro país ocupa en el mundo. Y cuando súbitamente la posibilidad de un mundo en el cual no existiera Francia, apareció en todo su horror, entonces cada uno se sintió presa de vértigo, personalmente atacado como si algo de su vida más íntima se hubiese roto. Es que en efecto, Francia, con una profundidad que nosotros no hubiésemos supuesto, es la patria de todo hombre verdaderamente digno de este nombre.

Haber comprendido esto, haberlo palpado, es una experiencia única de la cual nosotros no debemos jamás perder su beneficio. Es la experiencia preciosa de aquello que no sabía-

mos sino por oírlo demasiado, o por yo no sé qué conocimiento especulativo: la vocación privilegiada de la nación francesa.

Pero todo esto debe sernos también, cualquier cosa que suceda en el negro período que cruzamos, una garantía del futuro. Sí, no ciertamente en la absoluta metafísica, pero sí en la realidad concreta de la humanidad presente tal como la historia la ha hecho. Francia es necesaria al mundo. A menos de pensar que el mundo pueda desmoronarse en la barbarie y destruirse él mismo, Francia vivirá, no puede sino vivir.

¡Y si estamos vencidos en este punto, aniquilados, aplastados, tanto que pueda borrarse del mapa el nombre de nuestro país, un día resurgiremos!

Nuestros mismos enemigos necesitarán de nosotros para vivir.

* * *

Importa, también, recordar en estos días de aflicción una de las leyes más características, significativas y universalmente reconocidas de nuestra historia. Uno de nuestros mejores escritores contemporáneos lo ha expresado en estos términos:

“No hay nación en que sea más difícil prever sus movimientos que Francia, que sea más capaz de súbitas reacciones y que pueda tener resurgimientos más vivos. Su historia ofrece un cuadro de situaciones extremas, una cadena de cimas y de abismos, tan numerosos y aproximados en el tiempo como ningún otro país puede mostrarlo... Se diría que este país está consagrado por su naturaleza y por su estructura para realizar en el espacio y en la historia combinados, una especie de figura de equilibrio dotada de una estabilidad extraña, alrededor de la cual los sucesos, las vicisitudes inevitables e inseparables de toda la vida, las explosiones interiores, los sis-mos políticos exteriores, las tempestades llegadas del exterior, lo han hecho oscilar por siglos de siglos” (1).

En el huracán que acaba de abatirnos, si se tratara de

(1) Paul Valéry: *Regards sur le monde actuel*, pág. 106. Stock, París, 1936.

otro país podríamos suponer que no se levantaría más, pero se trata de Francia. Y quién sabe si su abatimiento tan grande, no es sino el preludio de un próximo resurgimiento, el cual nuestra imaginación anonadada por el espectáculo de nuestra caída es incapaz de ver en toda su amplitud. Ahora bien, notádlo, este rasgo característico de Francia está perfectamente de acuerdo con las directivas de la Providencia, tales como se ha revelado con respecto a nuestro país. Directivas, ellas también, y sobre todo, misteriosas, inexplicables. *Viae meae non sunt vide vestrae dicit Dominus.*

Esta oscuridad de los designios de Dios se verifica tanto más cuanto que es un ser amado por él y señalado para realizar obra de elección. Con frecuencia, Dios conduce a este ser por caminos desorientados. Sucede que lo quiebra para que sea entre sus manos un instrumento más perfecto de sus designios.

Permitidme deciros que tal es mi certidumbre respecto a Francia, en lo que concierne a los sucesos actuales.

Y llegamos así a lo que el Santo Papa Pío X con una manera profética de ver anunció de nuestro país.

“Su faltas, decía, no quedarán impunes, pero no perecerá jamás, la hija de tantos méritos, de tanto brillo, de tantas lágrimas.” Y agregaba: “Ve, primogénita de la Iglesia, nación predestinada, nación de elección, ve a llevar mi nombre como en el pasado ante todos los pueblos y ante todos los reyes de la tierra.”

¡Pongamos nuestra angustia, nuestra aflicción, la de los nuestros, la de tantos heridos, moribundos, refugiados, desesperados, la de la pobre Francia humillada al pie del Cristo que ama a los franceses!

Invoquemos la pléyade de todos nuestros santos de Francia. Francia no está muerta desde que nosotros vivimos y sufrimos.

Es necesario que vivamos para que ella viva.

Sólo nuestra infidelidad sería su perdición.

FIDELIDAD

Estamos reunidos, esta mañana del 11 de noviembre de 1940, en homenaje a los franceses caídos en las dos guerras, la de 1914-1918 y la que aún dura.

Esta coincidencia de que sea un 11 de noviembre, en que conmemoramos el recuerdo de las víctimas de estas dos guerras, tiene una gran significación.

* * *

Que no haya podido evitarse reunir en un mismo recuerdo los muertos de dos guerras, es ya muy significativo.

Es que, en efecto, esos dos acontecimientos no son sino uno. Son dos episodios de una misma lucha. Los veinte años que los han separado no han sido más que una tregua. Sin duda los combatientes pudieron no ser precisamente los mismos, el desarrollo de los hechos, las vicisitudes del combate, las técnicas militares, han podido cambiar; sin embargo las causas profundas son las mismas, el objeto el mismo, es por la misma razón que han muerto los que recordamos esta mañana.

A lo más existe de una a otra guerra, la diferencia de un estado con otro en el curso del mismo proceso evolutivo: la guerra de 1940 no es sino la de 1914 que ha llegado a un estado de desarrollo y madurez más avanzados.

Ahora bien, para quien quiera darse cuenta de la significación de este colosal acontecimiento surge netamente esto: esta guerra es una más de las grandes crisis periódicas de Europa, que se repiten desde la caída del Impero Romano, en el siglo V de nuestra era, y que son en el fondo, una insatisfecha aspiración de unidad. Así Carlomagno, Inglaterra durante la guerra de cien años, España con Carlos V, Francia con Napoleón, tentaron realizar esta unidad cada uno en su beneficio. Todos fracasaron. Ello prueba que esa unidad no es posible ni normal, mediante la hegemonía de uno solo.

Hoy llegará el turno de ensayar a Alemania. “Mi fin no es la guerra, pero sí la reconstrucción de Europa”, proclamaba recientemente el jefe actual de Alemania. De una Europa que

sea enteramente dependiente de Berlín, y donde cada una de las otras naciones no sería más que un satélite del Reich Germánico.

Tal es, claramente, uno de los aspectos de la lucha y es por no haber querido, no la unidad de Europa ciertamente, sino la inclusión de Francia en el Reich alemán, que los franceses de una y otra guerra han muerto. Es por haber anhelado una Francia que fuera "ella misma", es decir, libre.

Ahora bien, sucede que esta hegemonía alemana sobre Europa no intenta ser la dominación de un pueblo sobre un conjunto de otros pueblos, sino que tiende a operar una transformación total de la vida humana. Ella se acompaña, en efecto, de una doctrina, de una concepción de la vida, de una fe, de una esperanza, de un amor, de una mística. Es esa hegemonía espiritual total, totalitaria que, a sabiendas, metódicamente, tiende a realizar la Alemania Hitlerista, mucho más que lo hiciera la Alemania Imperial.

Esto, por sobre todo, es grave.

Es grave, porque esta concepción nueva de vida está en contradicción manifiesta, por una parte, con la manera tradicional de interpretar la vida común al conjunto de los franceses, y no solamente de los franceses de 1789, sino de los franceses del medioevo, y, por otra parte, con la manera de entender la vida tal como la concibió el cristianismo.

De esto todos los franceses han tenido clara conciencia, al principio de la presente guerra. Es precisamente en eso que todos los obispos franceses han sido intérpretes del sentimiento común, han proclamado. "El objeto de esta guerra es conocido (declaraba su eminencia el cardenal Verdier, arzobispo de París, en su carta pastoral para cuaresma de 1940 —de este mismo año 1940— en "Nuestros deberes de guerra"), los acontecimientos le dan a diario una claridad cada vez mayor. ...

Sí, luchamos para conservar al mundo la libertad de los pueblos, de los más pequeños como de los más grandes, sus bienes y sus vidas. Queremos mantener nuestra civilización

occidental, vale decir, aquellas actitudes intelectuales y morales, creadas en nosotros por siglos de cristianismo, y que dan a la vida humana su belleza moral y en definitiva su razón de ser.

Este aspecto moral, ese fin verdaderamente espiritual de la presente guerra, lo reconocen y lo proclaman aun los espíritus más extraños a nuestras creencias.

Ya lo hemos dicho: si se exceptúan las cruzadas, ningún otro período de nuestra historia ha conocido lucha alguna, donde el fin fuera más espiritual, más moral y en definitiva, más cristiano."

Lo que así proclamaba el Episcopado francés, hace apenas unos meses, no ha dejado de ser verdad; no lo olvidemos. Ese es el aspecto principal de esta guerra. Es imposible imaginar otra más trágica. La cuestión está en saber si los hombres en el territorio de Europa tendrán la posibilidad de continuar gozando de una civilización conforme, a la vez, a las tradiciones francesas y al espíritu cristiano, o bien, si ellos deberán adoptar un modo de vida inspirado en concepciones renovadas del paganismo.

Fue por dirimir esta cuestión que aquéllos en memoria de quienes estamos reunidos esta mañana, han muerto. Quisieron ellos que sus hermanos e hijos pudieran, en Francia, permanecer franceses y cristianos. Eso trae para nosotros, graves consecuencias.

No basta elogiar con emoción a aquéllos que han muerto. Lo mismo que es posible elogiar a Dios con la boca en tanto que se lo traiciona con la conducta, así puede ocurrir con nuestros muertos. ¿Es que traicionaremos a nuestros muertos? ¿Seremos fieles a ellos? Será lo uno o lo otro inevitablemente, según sea que vivamos o no en la causa por la cual ellos han muerto. Vale decir, por una Francia libre, por una Francia a la vez francesa y cristiana.

* * *

Es también significativo que sea un 11 de noviembre cuando celebremos solidariamente la memoria de los muertos

y de dos guerras. El 11 de noviembre es, para nosotros, una fecha de victoria. Pero entonces ¿no es de una ironía cruel y fuera de lugar, se pensará, el conmemorar bajo signo de victoria a los soldados de una derrota?

Sería necesario, para eso, que la guerra de 1940 haya sido definitivamente una derrota. Yo me complazco en saber que no existe uno en este auditorio que lo admita. La guerra no ha terminado. La paz no se ha firmado. Todos los franceses no han cesado de combatir. Nuestros aliados han resistido. Resisten aún. Nada dice, al contrario, que ellos serán derrotados. Están en tren de probar con brillo, que son capaces de luchar de otro modo que con el coraje y la sangre de otros.

En tanto que nuestro país está ligado, ellos continúan luchando y muriendo por la misma causa por la cual aquellos que recordamos hoy han peleado y han muerto. Su causa es la de nuestros muertos.

Donde estemos cuidemos bien de no traicionar a nuestros muertos y de no incurrir en un deshonor que legaremos a nuestros hijos de generación en generación. *Potius mori quam foedari*; más vale morir que tricionar. Y justamente, el haber reunido en un mismo recuerdo, a nuestros muertos de 1918 y los de 1940 en este día 11 de noviembre, es justamente la prueba de que conservamos nuestra fe en la victoria y que no consideramos a nuestros héroes de guerra como vencidos. Que sean vencidos o no, depende de nosotros. No se es vencido sino cuando se ha tomado su parte en la derrota.

* * *

Es ante Dios, al pie de los altares de Cristo, que venimos a comulgar en el recuerdo de nuestros muertos.

Unámonos a ellos en la plegaria.

Unámonos a ellos en el ideal por el cual han consumado su sacrificio.

Roguemos por ellos. Que Dios los tenga en su paz y su gloria. Roguemos por nosotros también. Para que a despecho de todo permanezcamos fieles hasta la muerte si fuera necesario.

Roguemos por Francia, para que el sacrificio de nuestros soldados consiga que sea plenamente “ella misma” y que salga de esta prueba, más bella y más pura.

Unámonos a nuestros soldados muertos, a través de todos nuestros santos de Francia con los que forman hoy la Francia eterna. Que todos reunidos logren que, ni nosotros, ni nuestros hijos, perdamos jamás el orgullo de ser franceses.

RESURRECCION

Muchas fiestas cristianas son fiestas alegres: Navidad, la Epifanía, la Ascención, la Asunción... sería necesario enumerarlas casi todas. Mas, de todas, ninguna tan llena de alegría como Pascuas. De una alegría bullanguera, triunfante, como la de los grandes Tedeum de victoria. Es en efecto la alegría del gran triunfo, de la gran victoria cristiana.

Es sorprendente que esa gloria y ese triunfo no fueron dados a Jesucristo sino después de que fuera vencido, por aquellos mismos de los que El es vencedor: el pecado y la muerte.

Jamás el pecado había logrado un triunfo tan brillante. Lo había conseguido sobre el ser más justo, más puro, más inocente y más santo que hubo y habrá jamás.

Cristo había utilizado para lograr sus fines, la propia corrupción de aquellos que tenían el deber de ser honrados y de respetar el derecho y la justicia, es decir los jefes del pueblo y de la religión.

¡Cuánta humillación, qué derrotas las de Cristo! Es imposible en verdad imaginar algo más lamentable. Es imposible fracasar más rotundamente. Había llegado para fundar una nueva religión, religión nueva, y, después de haber obtenido algún éxito de prédica y reunido algunos discípulos, es traicionado por uno de ellos; detenido, sus discípulos lo abandonan, la multitud que ayer lo aclamaba se vuelve contra El, es arrojado de todo y de todos, y muere como el más vil de los criminales, en una cruz, rodeado solamente de algunas mujeres que habían tenido el coraje de seguirle hasta el fin. Fin, el más

miserable que puede imaginarse para la epopeya de un pobre soñador místico.

Así debieron decidir las gentes inteligentes y los sabios de la época. Y se comprenden los propósitos desencantados de los discípulos de Emaús: nosotros pensábamos que restauraría el reinado de Israel. Pero después tal desastre, tal ruina... Nos acontece dejarnos escandalizar y de dudar de la Providencia Divina, en tanto que vemos en el mundo el mal triunfante, los justos oprimidos y humillados.

Por lo tanto, todos los triunfos de la justicia que podemos conocer no igualan ciertamente al que se logró sobre Cristo. Si existe un oprobio, es precisamente el suyo.

El, santo por excelencia, vencido, como es imposible estarlo más.

Y helo ahí, en su tumba, muerto. Y he ahí que cae sobre el sepulcro una piedra inmensa y pesada "¿Quién, pues, será capaz de levantar la piedra?", se preguntaban las mujeres que querían embalsamarlo...

Y he ahí que se colocan para vigilar ese cadáver y esa tumba, soldados armados, los soldados romanos invencibles que habían conquistado todos los reinos conocidos en el mundo.

Pero he ahí que Cristo, a pesar de la muerte, a pesar de la piedra, a pesar de la fuerza invencible de los hombres, sale victorioso y viviente del sepulcro... En adelante El vive, y no morirá jamás, y, en tanto que el imperio de los Césares romanos ha desaparecido hace largo tiempo, su Iglesia reina sobre toda la faz de la tierra: vio nacer y derrumbarse otros imperios, verá nacer y derrumbarse todavía muchos otros. "*Stat dum volvitur orbis*". Ella está firme, en tanto que el mundo tambalea y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

¡Lección magnífica de la fiesta de Pascuas!

* * *

Me parece que nosotros, franceses, tenemos hoy más que nunca razón de meditar. ¿Nuestro país no está, también él, el justo, vencido? Sí, en septiembre de 1939, nos hemos levantado

en guerra, no fue para ambición, ni por interés, ni por espíritu de conquista, ni por odio. No fue por otro motivo que por defender el derecho, la justicia, los débiles oprimidos, los principios de la civilización que el mundo debe a Cristo. Nosotros éramos cruzados, como lo proclamaban los obispos de Francia, nosotros no habíamos tenido más que uno solo error, talvez, el de contar demasiado con nuestras fuerzas. Y he ahí que hemos sido derrotados, y permanecemos humillados, la cara contra la tierra, soportando talvez la más aplastante derrota de nuestra historia. Estamos humillados como Cristo lo estuviera, de manera semejante a El. Ahora, ese día de la victoria de Cristo, es el mismo que crea nuestra esperanza. Lo mismo que Cristo, víctima del pecado y de la muerte, triunfaremos del pecado y de la muerte nosotros también, víctimas de la fuerza brutal del mal, venceremos.

Estamos en nuestro viernes santo. Tendremos nuestro día de Pascua.

¿Cómo se conseguirá? ¿Cuándo? Este es el secreto de Dios, pero llegará. No es posible que no llegue, ya que Cristo ha resucitado. El ha vencido al mundo.

Siendo conocida la vocación cristiana de Francia, su misión de llenar en el mundo "la gesta" de Cristo, no está en el orden razonable el que antes de vencer pasemos amarguras? No ha sido en vano que Juana de Arco haya sido la más grande heroína francesa, y que haya nacido de la derrota que en la historia se asemeja más a la que soportamos hoy. Sería bastante que no traicionáramos nuestra vocación nacional, nuestro espíritu de cruzada, de no traicionar la justicia y el derecho. Entonces, después de estar muertos con Dios, resucitaremos con El.